

salvaje, transformando lo perecedero en forma simbólica”, correlacionando lo vivido con una lógica anónima, que piensa no a través de nosotros sino sin nosotros, y que —en los museos y en los libros— convierte a los hombres en simples momias, en símbolos metafóricos de la realidad humana.

Ante el grito de la guerrilla, ante el silencio del lenguaje perdido, ante el abismo de la diferencia antropológica, ese “abismo del presente” que nos recuerda que “no son las similitudes sino las diferencias las que se asemejan”,³ el antropólogo parece estar petrificado, como un inquisitivo y fantasmal espectador de la realidad social contemporánea, transmutando la realidad en metáfora y dando una imagen a lo perecedero, como si esperara que esta imagen le indicara —tal vez en otro lenguaje— la manera de recuperar su propia sustancia.

Lauro Zavala Alvarado

¹ Jean Duvignaud: *El lenguaje perdido. Ensayo sobre la diferencia antropológica*. México, Siglo XXI Editores, 1977.

² Cf. Esp. *Heart of Darkness*, 1902.

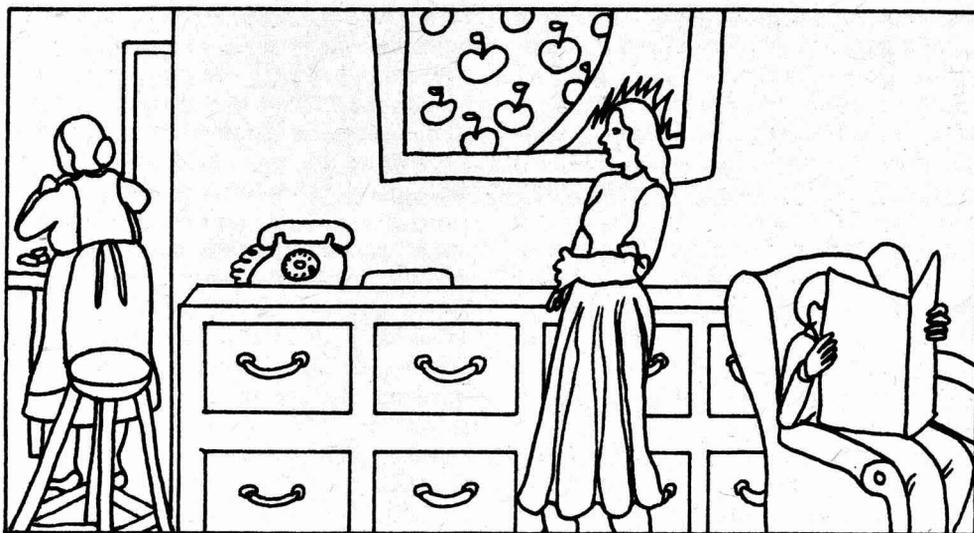
³ Claude Lévi-Strauss, *Le totémisme aujourd'hui*, París, PUF, 1962, p. 101.

La poesía hermética de Octavio Paz*

“El poema es inexpresable, no inteligible”
O. Paz (*Corriente alterna*)

Recientemente se han publicado una serie de tesis universitarias sobre la poesía de Octavio Paz (Monique Lemaitre: *Poesía y poética* UNAM, 1977; Rachell Phillips: *Las estaciones poéticas de Octavio Paz*, F.C.E., 1977) que, tal como lo señaló la mayoría de los comentaristas en México, se hallaron lejos de cumplir los objetivos que se anunciaban en las introducciones o en las solapas. Antes, una serie de críticos han ido a fondo en ciertos aspectos del trabajo de Paz si bien nunca con la largueza con la que lo hacen los universitarios. *Pity*: no suele haber relación entre la cantidad y la calidad. Así, los trabajos de Yurkievich, Sucre y los de varios colaboradores del volumen de Angel Flores (Jean Franco, Schneider, Segovia) valen, en su brevedad, más que las extensas, documentadas y aburridísimas tesis universitarias “con recomendación para ser publicada”.

Bueno, por lo menos la proliferación de tesis sobre Paz tiende a nacionalizarse: El



Colegio de México publica la de Carlos H. Magis y Editorial ERA anuncia la de Jorge Aguilar Mora, libro este último que, como pocos en México, arrastra ya consigo toda una mitología acrecentada o disminuida por los corredores de universidades y editoriales, salones de clase y cafetines de moda. Está bien: Paz es, ni hablar, la figura central del mundillo público literario. Su poesía, sus ensayos, su polémica persistencia entusiasman y alientan la actividad literaria mexicana incluso (sobre todo) cuando su actitud polariza la de otros. Ahora, junto a los teóricos franceses apocalípticos que advierten la desaparición del personaje, la disolución del autor y luego la del libro, uno considera lo dramático que eso sería en un mundo como el nuestro en el que apenas se configura el borroso perfil de una literatura moderna capaz de intervenir en la configuración de una filosofía y un estado social crítico y moderno. Octavio Paz está (parece estar) más allá. Y no creo que sea el caso reprochárselo; antes bien debe reconocerse en su obra el testimonio y la evidencia de una voluntad creativa y crítica; incluso debe reconocerse en su trabajo lo que quizá tenga de esencial: lo que se piensa y lo que se hace significa más aún si se piensa sobre lo que se hace y se hace lo que se piensa. Pocos son los escritores que, en México, como Paz, han insistido en la importancia de la reflexión literaria con tal voluntad y acabamiento. Ya Sucre insistía en esto: su verdad más profunda —dice— reside en “el debate mismo”. ¿Y los otros? es decir ¿nosotros?; no podemos ignorar ni olvidar ni minimizar un quehacer literario pertinaz y sostenido ya por varios

lustros, no podemos sino considerar el desarrollo de nuestras letras modernas sino a partir de él o en su contra. Es el rapsoda o el antípoda, pero siempre es el paradigma insoslayable.

El libro de Carlos H. Magis, pues, se inscribe en esa circunstancia. Se inicia con una buena panorámica de la poesía en lengua castellana en los años treinta que dura demasiado poco. De hecho dura una página. De pronto ya estamos en todo el rollo elusivo, antiséptico, renuente a separarse del cómodo salvavidas de la paráfrasis. Magis se confiesa estremecido por las “incisivas intuiciones” de *Estación violenta* (que con *Libertad bajo palabra* es el libro al que se aboca el estudio) y señala que, junto al estremecimiento, “surgió la tentación de conocer cómo pudo el poeta conjugar lucidez y hermetismo”. En ese sentido “gran parte de lo que sigue no es mas que el intento de exponer los resultados de un largo, repetido y siempre lleno de sorpresas ir y venir por una poesía que es ‘revelación’ de lo inefable. Ir y venir, deteniéndome especialmente en lo que entendí que podrían ser los factores y las vías primordiales de la especialísima conciliación de hermetismo y transparencia: preocupaciones que conmueven al poeta y mecanismos singulares del lenguaje que las revelan, codificación de elementos simbólicos y valor de sistemas como clave de significaciones esquivas en principio, relación entre el enfoque personal de aspectos temáticos y la estructura de los poemas” (p. 2).

El trabajo es largo en efecto; levantar un índice minucioso y preciso de los asuntos centrales y los medios de su expresión,

deteniéndose con gran soltura en la cuestión estructural (retórica, figuras, ritmos, rimas, etc.) es trabajo de años: tan largo como necesario. El trabajo, en efecto, es repetido; y la sorpresa, lástima, está ausente. Magis reconoce que, en lo tocante al acercamiento, que su examen "ha quedado más cerca del comentario de textos que de los cánones de la 'nueva crítica', aun cuando sus principios fertilizan a menudo mis lecturas" (p. 4-5). Sus exégesis son más incisivas que las de Lamaitre, pero menos exhaustivas que las de Phillips. Y es que pronto se reivindican los habituales sesgos y las manidas mitologías, demasiado comunes ya, que peligrosamente empiezan a obstruir la diáfana claridad de la escritura de Paz, es decir, comienzan a existir como *ruido*: el poeta adánico, el poeta visionario, el poeta prometeico que (lastres del desterrado modernista) se convierte, agobiado por *el don* en "testigo y víctima primera" sacudido por la vida que arrastra, en su propiciación, consigo, a "todo el género humano"; el repaso de las obsesiones (que uno no debe poner jamás en prosa porque no tardan en sonar a canción neo-popular) que van del afán por penetrar en la entidad secreta del hombre al intento de buscar su propia verdad para dar con ella sentido al mundo, y del rollo de la incomunicación radical del hombre y del poeta que sueña y al soñar rehace la realidad a aquello de que la poesía tiene como objeto restituir al hombre y al mundo su unidad perdida. Todo levantado sobre el durable edificio del *donner un sens plus pure aux mots de la tribu*. Después es cuando Magis sale a dar lo mejor de sí: sus análisis formales y su habilidad para configurar los procesos retóricos es ágil e interesante por demás, partiendo del consabido punto de que a todo aspecto formal equivale un aspecto anímico. Eso no impide que uno resienta la persistente implosividad de todo el planteamiento. Es decir, uno se queda a la expectativa de aprender cómo esos procesos, una vez descritos, ya insinuado su embone con "el alma romántica", se telescopian con una posición ideológica (o cultural) de la que necesariamente tienen que ser, también, producto. Al limitarse a la descripción (tan bien lograda) se acentúa la gana de integrar esos mecanismos a un sistema de orden cultural (filosófico, político, religioso) que, de hecho existe. ¿Recuerda ese tomito dedicado a "Los gatos" de Baudelaire escrito por Jakobson y Lévi-Strauss? Se complementaban a la perfección. En el caso

de Magis se extraña la necesidad analítica y ordenadora (la tesis) de un Lévi-Strauss.

Magis se siente atraído por un solo aspecto extraformal que no suele ser muy conformable: la metafísica. No son pocos los críticos que han elucubrado alrededor de los temas de todos conocidos y siempre morosos y turbios en tanto que no se les puede expresar adecuadamente sino en su vehículo original (la poesía); una vez fuera parece que se cae inevitablemente en el solecismo y da la impresión de que a los exégetas el tintero, como a Melville, se les convierte en cráter que devora su pluma de ganso: "el otro" como certeza de la propia existencia; la poesía=revelación=invención; el conflicto entre reflexión racional y visión intuitiva; el llamado del hombre y del mundo a la vocación de la perfección y "las frustraciones de esa vocación"; los opuestos irreconciliables ("único principio inmanente del ser del hombre y del mundo"); la entidad y la identidad del yo; la realidad como oscuridad evasiva sólo cristalizable en poesía; la nostalgia del paraíso perdido ("la búsqueda del poeta se resume en la búsqueda de lo absoluto"). Quizá podría partirse del acatamiento de estos problemas para echar a andar una tesis y no acometer por enésima vez la tesis en pos de su señalamiento, hecho que inevitablemente claudica en frases aisladas por su estupor en las que se vacía el contexto como "francamente hermético", "verdad última", "entraña secreta", "oscuridad y transparencia", "lucidez filosa", "contemplación tensa" o "temblores inefables". Con lo que quiero decir que si se acepta un ideolecto relativamente filosófico que su-



brepticamente conduce al pasmo del espejeo ¿porqué no intentar evadir la sofocante amenaza del verdadero hermetismo (en tanto mudo o prescindible) siguiendo pistas no puramente literarias pero productivas de una cosecha mayor de sentido que ya puede ser la moral, la antropología, la sicología o, quizá uno que puede funcionar espléndidamente en Paz, la detección de elementos arquetípicos (en el sentido de Cowley)? El lector de Paz, y de crítica sobre Paz, sugeriría a los críticos (sobre todo a los académicos) la necesidad de reconsiderar ese principio encandilante en teoría y tedioso en la práctica que, fascinación de la ortodoxia, rara vez escapa de la esterilidad: el poema se describe formalmente (por cierto ¿a qué se deberá la ausencia en el análisis formal de dos figuras capitales en la poética de Paz: el quiasmo y la sinestesia?) pero queda siempre una rémora de sentido que puede y debe suscitar otros enfoques: el enfoque formal sigue caminos conocidos pero, por lo mismo, se detiene cuando el sistema acecha lo desconocido. Paz no puede decir, con sus críticos, que es bueno olvidar los asuntos meramente humanos para ocuparse sólo de las percepciones humanas. Es decir, Paz formula su época, pero también, y sobre todo, la contradice; produce poemas, pero esos poemas producen significados, (sentidos) concretos que es necesario sopesar moralmente. Entre los académicos, Phillips lo intentó con bastante gracia en su capítulo I, "Los modos míticos". No creo que se pueda negar que Paz elucubra y critica la naturaleza de su propio meandro, y que esa crisis necesariamente alumbrará experiencias colectivas, del mismo modo en que la experiencia colectiva determina la de Paz, la de un Octavio Paz que, sobre todo, precisamente en *Libertad bajo palabra* ha operado con gran vigor su vocación reflexiva.

Asombra pues que Magis limite su comentario sobre las circunstancias aledañas a la producción poética de Paz a una nota (la 36) en la que en 25 líneas se despacha al positivismo, al existencialismo, al historicismo y al intuicionismo de Bergson. No asombra menos que, a estas alturas y bajo estas circunstancias, adopte una postura que a veces recuerda lo peor del Abate Bremond. Quizá pueda decirse que no era ventilar estos asuntos el objeto del trabajo, pero creo que hay elementos operantes a nivel ideológico que Magis maneja y que, por tanto, no pueden dejar de notarse. Curioso, pero parecería que intenta mostrar

(demostrar) un Octavio Paz astringente, autocomplaciente que se halla a un grado de alcanzar la incorporeidad. Uno se niega a aceptar a Octavio Paz seccionado de la vida y de la historia. Flaco servicio se le hace a Paz pintándolo como un humanista superdotado, místico aéreo alejado de toda contingencia. Magis insiste, por ejemplo, en que “la poesía social (‘revolucionaria’ si se quiere) de Octavio Paz se hizo expresión de un compromiso con la realidad total del hombre antes que una mera forma de militancia política” (p. 15) y hace a un lado la crisis española para refugiarse dos párrafos después en la *inanité sonore* de la “visión poética” y la “metáfora trascendente”. Paz no es tan hermético y esto parecería afán de hermetizarlo en el otro sentido. ¿Cómo si no entender el que se insista hasta en que Paz “excluye del todo lo puramente anecdótico del poema”, como si las anécdotas pudieran diluirse en la pureza de la expresión? Así, el Paz que se insinúa en la segunda parte del trabajo “Estación violenta” resulta mucho menos improbable que el Paz ser humano inscrito en la historia, ignorado totalmente para evitar biografismos tergiversadores que empañarían otro principio del formalismo: el texto vive autónomamente de su productor, y que quizá hubiera resultado mejor. Mas cómo evitar caer en eso si en el planteamiento de los objetivos Magis advierte que “las circunstancias históricas (estructura sociocultural, ‘ideología’ y hechos que los explican o ponen en crisis) no son ‘determinantes’ de la creación literaria”? Bueno, o todo o nada. Pero el Paz que se le filtra por el cedazo del método a Magis, ideológicamente, es una especie de Aquamán pomposo y acríptico que se mueve con immaculada soltura en un océano bastante sucio. Por ejemplo: Magis acepta que Paz sufre “la existencia ingrata del hombre dividido” pero que eso no es tan serio porque “Paz se mantiene de pie gracias a la terca confianza en otra forma de ser y en otra manera de realizarse” (p. 217) que es la del “desterrado”; los poemas que se dan bajo la forma de la interrogante (que en Paz no son pocos) “equivalen casi siempre a una propuesta cuando no a una afirmación” (p. 222); hasta el insomnio deja de ser desgarramiento y confusión para convertirse en “un estado propicio para las más profundas revelaciones” (p. 227). Sostiene incluso esta tesis: Paz “alcanza la plena realización de su propio yo y por añadidura se le revela un nosotros esencialmente inclusivo:



el yo sólo llega a ser en la comunión con los otros, quienes a su vez se realizan gracias a este yo que ha podido hacerse” (p. 232). Así Paz usurpa (el Paz de Magis) —“los otros se realizan gracias a este yo” cámara— las funciones dispendiosas y amalgamadoras que hasta hoy creíamos propias del gran Og Mandino. Si, por ejemplo, Paz, cuidadoso —sobre todo en un país como el nuestro donde la crítica siempre se vigila para no herir susceptibilidades o para conseguir canonjías— duda, DUDA, y considera que la facilidad expresiva entraña el peligro de no decir nada (“Mutra”) Magis dice que no, que terminará “por realizarse plenamente: ‘inventa’ su palabra y descubre el camino para llegar a la poesía” (p. 243) que, lejos de ser el lugar propiciatorio de la crisis, adquiere las virtudes curativas del bálsamo bengué. Pero si hasta “tiene la elegancia (Paz) de no recurrir a las imágenes irreverentes por gusto de escandalizar, influencia muy superficial del ‘satanismo’ de Baudelaire y de algunos de sus discípulos en la que se quedaron ciertos poetas con un pie en el Posromanticismo y otro en el Modernismo” (p.148) como Leopoldo Lugones, lo que a sus ojos (de Magis) reivindica a Paz y borra, al tiempo, de un plumazo las preocupaciones de necios como Huxley o Pierre Emmanuel que sí le dieron seriedad al asunto (como Paz mismo en *Los hijos del Limo*).

Tanta pretendida pureza y sofisticación (parecería que a Paz, según esto, jamás lo picó abeja dorada alguna del jardín de Petronio, como decía Darío de Theo Hannon) abotaga e irrita. Otra vez: o todo o nada. Valéry mismo dijo alguna vez que

hasta el espíritu es un “animal con instintos”. De haber querido nada más una descripción estilística de la poesía de Paz hubiera sido importante y significativo, como lo son las dos secciones dedicadas al asunto. Pero en el libro hay otros elementos en juego. La descripción que, hace años, hiciera Pacheco de “Piedra de sol”, Phillips, repito, en su capítulo “El modo mítico” o Jean Franco en “El espacio”, son buenos ejemplos de lo que se puede hacer con una poesía tan gratificante como la de Paz. Cuando Magis basa su crítica en lo que se puede hacer con el texto es buena; cuando, con o sin intención, habla de él desde afuera es malo. Ya lo dijo Blöcher hace años: sólo el intelecto puede (y debe, agregaría yo) contribuir a desban-car la estéril antinomia entre arte y vida.

Guillermo Sheridan

* Carlos H. Magis. *La poesía hermética de Octavio Paz*. El Colegio de México. Serie “Estudios de Lingüística y literatura” núm. VII. México, 1978.

Declaro sin escrúpulo

EL PROLOGO

Declaro sin escrúpulo, volumen que reúne las narraciones de siete nuevos escritores mexicanos tiene un panegírico, a manera de prólogo, escrito por Pedro Orgambide, quien también inaugura aquí una nueva esquematización de la literatura mexicana cuando apunta que estos jóvenes “superan dialécticamente viejas alternativas: literatura